

Voto, luego existo

Del Congreso Universitario que al fin terminó el sábado trece sólo quiero hoy destacar un aspecto: En él se respiraba una como nostalgia de la Asamblea Constituyente, una cierta frustración por no ser diputado, con tralor o magistrado del Tribunal de Elecciones. Se imaginó y dibujó un gobierno universitario único —incompatible con cualquiera otra universidad, como un estado lo es con otro en el mismo territorio. Se propusieron elecciones de juntas, consejos generales, consejos de sistemas, rectores y un sinnúmero de vicerrectores, definiéndose las llamadas "sedes" autónomas por un sistema administrativo más que por una condición académica explícita o por un nivel de calidad acreedor a la autonomía. Se dijo al principio que toda la "comunidad universitaria", incluyendo a los empleados, debía votar para elegir junta y rector, y se previeron elecciones en serie a partir de la renuncia masiva de todo el gobierno universitario. Quizá en esto, como en tantas otras cosas, nos hemos sentido algo estimulados por nuestros hermanos del sur, los chilenos; véase si no cómo anunciaba el periódico **Le Monde** la elección del rector de Chile: "Es en este clima que un test político importante tendrá lugar el jueves 27 de abril: la elección de rector de la Universidad de Chile. Ochenta mil profesores, asistentes, estudiantes y empleados debe escoger entre el candidato de la democracia cristiana, señor Boenninger y el de la Unidad Popular, señor Felipe Herrera, presidente del Banco Interamericano de Desarrollo" (28-IV-72). Si cuando el señor Herrera era candidato al doctorado **honoris causa** de nuestra Universidad se armó no poco jaleo, ¿qué ocurriría si fuera candidato a rector socialista?.

El montaje jurídico y electoral que provocó las típicas luchas parlamentarias no tenía nada que pudiera extrañar a un costarricense ya resignado y un poco deportivo. Lo que sí dolía a ratos era la ausencia de un estilo universitario, de ese sello



Roberto Murillo

de riqueza filosófica, histórica y humanista, de ese gusto por el buen decir que animaba los documentos y exposiciones razonadas del año 56. Alguien decía que el estilo hace al hombre y, cabe agregar, a las instituciones como a los pueblos. En el Congreso faltaba este estilo o sobraba un cierto parlamentarismo del toma y daca, un recubrimiento de lenguaje tecnocrático bajo el que se escondía una rara desconfianza frente a las personas y a su trabajo cotidiano que, precisamente por ser creador, no es ingenuamente innovador. Faltaba el estilo de un Abelardo Bonilla, un Enrique Macaya, el más reciente de un Jorge Enrique Guier en la Asamblea de mayo del 68 o el del decano Salazar Navarrete en el 71. Las mociones creaban o suprimían oficinas, ponían nuevos nombres y suprimían puestos, a veces para suprimir funcionarios. Pero esta picardía no importa: lo malo es la ausencia de lo otro, de lo abundante en razones, como las de Humboldt, Ortega, Gusdorf y Olarte, que nadie discutió, ni "a favor" ni "en contra". Da la impresión de que se quería votar, y votar al cuadrado, es decir, votar para seguir votando, en copiosas elecciones que no se sabe si algún día ameritarían el pago adelantado de la deuda política universitaria.

En casi todos los casos, y esto era lo amable del Congreso, se sentía una buena voluntad, una esperanza de mejorar la administración, de suprimir el feudalismo universitario, de que esta vez sí serían acatadas las decisiones del Congreso. Pero la buena voluntad se ve metida pronto en premisas no discutidas —aunque después se diga

que se daban por supuestas— dentro de una jerga tecnocrática que da la sensación de sostener con autoridad científica lo que es meramente opinable dentro de un clima en que la atención se ve desviada de lo esencial a lo accidental. Al respecto convendría aprender bien un texto de Heidegger, a quien cito a pesar de que ciertos pequeños inquisidores me condenarán por ello, convencidos como parecen estar de que más vale proscribir a este autor por su pretendido nazismo que estudiarlo y entenderlo: "El sincrético compararlo todo y tipizar no da simplemente de suyo un genuino conocimiento de esencias. La posibilidad de dominar lo múltiple dentro de una tabla no garantiza una real comprensión de lo que se tiene ordenado allí delante. El genuino principio del orden tiene su peculiar contenido material, que no se encuentra jamás mediante la operación misma de ordenar, sino que ya está dado por supuesto en ella" (El Ser y el Tiempo), Trad. Gaos, 1962 p. 64). A la Universidad no le basta con buenas intenciones, sino que debe saber dónde va y qué quiere hacer de su destino, cuestiones que trascienden las estructuras y las elecciones.

En el futuro convendría saber si "el contenido material" no reductible al orden va a ser el de una politización total de la Universidad, con la cortedad de miras y la eliminación de la libertad espiritual —considerada como un lujo por los líderes ideológicos— que implica dicho proceso, o el de un humanismo que, cultivando el mejor saber libre y desinteresado, pueda ejercer una función única e incanjeable en el desarrollo integral del país. Esta alternativa se planteará, ojalá explícitamente, en un nivel más serio que el "voto, luego existo" de los esquemas de gobierno. No se sabe por ahora dónde se realizará la efectiva enseñanza universitaria si prevalece la comedia de las elecciones incapables o la tragedia de la politización dogmática e irreversible.